

## LA MONJA DEL CIELO

por ELENA DUNCAN

A varios siglos ya de la dominación de España en tierras del Nuevo Mundo, surge viva y sin posible confusión ni mezcla de propósitos aquella fuente clara del sentimiento religioso del pueblo español, cuyas portentosas corrientes nacidas al calor de la cultura filosófica y substancialmente teológica del medioevo, venían en bien determinados movimientos espirituales con el impulso primordial de fe que movía a los hombres de la Conquista. Aquellos hombres mostraban ya, en el empuje y fuerza de la colosal empresa, que la conquista de tierras para el reino no era en principio el móvil ni el fin que los concita a la aventura. En su natural actitud de hincarse ante el misterio y ante la grandeza y la inexpresable visión de inmensidad, y en aquella exaltación del ánimo que les hacía armarse, para salir a lo desconocido, el corazón y el brazo con el arma primera de la Cruz, mostraban, dije, la índole religiosa de su pueblo identificado con aquellas corrientes metafísicas y filosóficas que se expandían y no sólo se reflejaban sino que se asientan y culminan con la aparición de un arte y la expresión de un conocimiento y valores de vida esencialmente determinados. A medida que son comprendidas y aceptadas las más ajustadas doctrinas, aparecen débilmente en España a fines del siglo XIV las primeras señales y los signos de la mística contemplativa. Limpio y sin detenerse continúa este aliento su discurso espiritual y en las postrimerías del siglo dieciséis y comienzos del diecisiete surge simultáneamente con el más religioso fervor del pueblo español el esplendor del alma en América, que tiene por resultado el acontecimiento más señalado de las letras castellanas enriquecidas con una nueva forma: la literatura mística. Búsqueda o hecho determinante de una su-

peración individual, nunca fue la lengua instrumento más alto ni más puro; ni hubo jamás estilo más sencillo y rico de conceptos, ni más limpia y acabada expresión de castidad, de perfección del habla para acercarse a la glorificación de Dios y mostrar su tremenda hermosura con la llaneza suma. Nos conduce este canto hasta la fuente vida de que hablé, que se abre en la voz femenina de nuestro continente en cuatro cauces señeros. Cuatro criaturas con la intuición y la predestinación divinadora. En ellas tuvieron resonancia y hallaron nueva vida todas las manifestaciones superiores de la naturaleza y todos los elementos de lo desconocido en cuanto suponen una participación de lo desconocido en y de lo divino, y significan un oculto poder del alma sujeto a la revelación con *los ojos celestes* abiertos al arrobamiento y expectación, dulcemente empavorecidas, son también ellas criaturas venidas del eterno misterio y vueltas a lo eterno. Y en verdad parece que los párpados entrasen a lo eterno y se encontraren con ello, cuando nos da o nos devuelve nombres tan limpios como el de Ursula Suárez, que así se llamó en el siglo una monja del convento de Santa Clara de la Victoria en Santiago, Chile. Escribió en los comienzos del siglo XVIII una obra que intituló *Relación de las singulares misericordias que ha usado el Señor, con una religiosa, indigna esposa suya*. Y cuenta con bella prosa natural e ingenua cómo se le apareció una vez el diablo en el espejo. Se sabe de su vida que estuvo muy adornada de virtudes y dejó probada fama de santa en el ejercicio de ellas y al predecir el día de su muerte. Su obra literaria permanece inédita en los archivos coloniales de Chile. No dudo, ateniéndome a lo poco que de esta monja conozco, y que es el relato de *sus imaginaciones*, según las palabras de un historiador, del encanto y mérito de la obra dejada por Ursula Suárez, ya que los místicos transformaban cuanto su lengua lozana y ascética recogía del habla de aquel tiempo, habla vulgar y sensible. Otro nombre apenas conocido es del Gertrudis Avalos. Profesa en el convento de Santa Clara, en Quito, Ecuador, el 2 de febrero de 1678 a los veinte años de edad. Es ahora Gertrudis de San Ildefonso y desde su celda, que abandonara a los 57 años, escribió unas páginas a las que no puso nombre y que aún están en sombras. El poeta ecuatoriano Augusto Arias nos dice refiriéndose a Gertrudis Avalos que “su nombre ha sido recogido por la historia literaria del siglo XVII, con el elogio de alguna tímida reserva. Gertrudis Avalos, continúa diciéndonos Augusto Arias, imprime en las líneas de su poesía la

emoción vacilante. ¿Le gustan la tierra libre, los regalos del mundo, o al contrario su ánimo ha de buscar el silencio y el retiro? De tal conflicto anímico quedará una rápida auto-descripción de la memoria de su poesía. Y aliviada de confesarse, se libertará de aquel combate arcangélico, pues a la capciosa lengua de fuego habrá de oponer el ceñido cordel de la cintura”.

Excepcionalmente conocida es en cambio la monja mexicana Sor Juan Inés de la Cruz, nacida en San Miguel de Nepantla en 1651 y fallecida en México en 1695. Ingresó al convento de las Carmelitas Descalzas y profesó en el convento de San Jerónimo. Críticos de categoría universal han estudiado su obra, que es múltiple, poesía, prosa y teatro. Se han hecho de ellas numerosas reimpressiones siendo por tanto, su poesía en particular, objeto de continuadas lecturas y apreciaciones. Basta un ligero estudio de su obra para advertir en ella las influencias mundanas de su vida en la corte del virrey marqués de Mancera, y se advierten también en el estilo y conceptos que corren a lo largo de toda su obra que no logró jamás desprenderse de tales influencias, mas tampoco apartarse del camino que le señaló un tío suyo, sacerdote, con cuya dirección aprendió lengua latina, retórica y filosofía, todo lo cual contribuyó a enriquecer su natural talento y a formar su cultura. Talento y cultura fluyen y dan a su poesía su sabor y excelencia...

En el día de San Bruno del año 1671 nació en la ciudad de Tunja, capital del departamento de Boyacá, en Colombia, Francisca Josefa del Castillo y Guevara, “con lo que pareció manifestarle el cielo cuán imitadora había de ser de este bienaventurado santo en el retiro, abstracción del mundo y silencio de su vida”, dice el prologuista de sus obras don Francisco Domínguez de Urréjolabeytia. La bautizó inmediatamente el padre Diego Solano, de la Compañía de Jesús, que como confesor de su madre y por el grande peligro en que se vio asistió al alumbramiento, continúa el biógrafo. A pocos días de nacida la tuvieron por muerta y sanó repentinamente. Aún no sabía hablar y con grande espanto le dijo un día a su madre que una imagen del Niño Jesús la estaba llamando. Ingresó en el convento de Santa Clara, de la ciudad de Tunja, el año de 1689; estuvo de seglara dos años y dos de novicia y profesó el 4 de septiembre de 1694. Murió en el de 1742 hallándose su cuerpo incorrupto al año de enterrada. Los manuscritos de la Madre Castillo continuaron inéditos en poder de las monjas del convento de Santa Clara, en Tunja, hasta que un

sobrino de Sor Francisca de la Concepción, llamado Antonio María del Castillo y Alarcón, grande admirador de la santa, convencido del valor de la obra dejada por la Madre Castillo y queriendo que fuera de todos conocida esta gloria de su familia, sacó del original autógrafo tres copias en el año 1516, y luégo de presentar una a la autoridad eclesiástica para su aprobación, emprendió el entonces largo y penoso viaje a los Estados Unidos y en 1817 logró publicar en Filadelfia el libro de la *Vida de la venerable Francisca Josefa del Castillo, escrita por ella misma*. En 1843 también su sobrino, publicó en Santa Fe de Bogotá la mitad de los *Sentimientos espirituales* que contiene los *Afectos*, pues así intituló ella a las distintas composiciones que componen su obra. En notas preliminares se insertan once cartas espirituales que la Madre Castillo dirigiera a su confesor, fray Diego de Moya, quien la llamaba *la monja del cielo*.

Espíritu singularmente predestinado a labores de perfección, llevó a tal grado de purificación y a tan grandes extremos de levedad su sér que nos dice: “Andaba como una ligera pluma llevada por el viento suave. Así me parecía que yo no tenía parte en mí para nada sino que andaba como sin alma; que mi alma se había entrado en Dios y era gobernada por su impulso dulce, amoroso y eficaz. Todo lo que veía y oía era Dios, era sumo bien, y era un bien sobre todo sentimiento y conocimiento. No me estorbaba nada exterior, antes bien, todo era como soplos que hacían arder aquella llama.” *Todo lo que veía y oía era Dios, dice, no me estorbaba nada exterior, agrega.* Dios estaba en ella y equivalía a esa forma sin peso que era todo su sér y que la hacía moverse como “una ligera pluma”, verlo y oírlo en todas las criaturas y en los demás seres y cosas del mundo exterior. Su sentimiento místico trascendía y en su mirar y en el total reconocerle y verse se transfundía y percibía en esa unión de lo visible y lo sensible en que todo lo creado era Dios, y Dios mismo podía envolverse en lo creado. Hé aquí unas palabras tuyas cuya pureza y peculiar esencia no han tocado los siglos, palabras que nos guían libremente hasta las mismas puertas del amor que trasciende la santa: “Condición del amor verdadero es anhelar siempre la presencia y unión del amado, como las cosas a su centro, que fué de él están violentas y no pueden tener reposo... El alma vive más donde ama, que donde anima.” Esta sintética elaboración de pensamiento, “el alma vive más donde ama que donde anima”, es una magistral ubicación del alma y de sus más ocultos

movimientos allí donde radica el sentimiento amoroso que la posee, y el ubicar a la vez a ese sentimiento como eje de fuego de quien ya es en sí eje y fuego, no creo pueda ser superado ni en exactitud, ni en expresividad, ni en belleza. Pensamiento de hondura que lleva en sí una expresión implícita de entrega codiciosa. Mientras que su primer sentimiento místico le hacía ver y amar todas las cosas de la naturaleza como dones y noticias de Dios a sus criaturas y éstas participan de su misma grandeza y misterio, reconoce y trasciende lo divino, puede ella volcar y recibir su fuerza. Fue pasando por el rigor de una larga y terrible experiencia que duró toda su vida y se inició en la infancia con el temor numinoso en la idea de Dios, y que a través de las formas y grados de ese sentimiento llegara la santa a ser sólo oído, oído clarificado, manadero de la secreta voz del *muy alto*. Oyó alguna vez la santa que su Señor le hacía esta grande y sobrecogedora pregunta: “¿Quiéres tú reposar en Mí o que Yo descanse en tí?” “Conocía que el reposar en su alma era enviarle trabajos y se sentía inclinada a que el Señor descansara en ella.” Al entender las voces con que Dios en Sí mismo se le revela, Sor Francisca enuncia y contempla dos posibilidades: puede la criatura ponerse en comunicación con Dios, pues que recibe señal de su palabra y en absoluto allegamiento a El, ya que puede subir hasta su Seno y Dios puede bajar hasta el corazón lleno de espíritu de su criatura.

La madre Castillo tuvo que luchar contra la incomprensión de las demás hermanas del convento y de la propia familia al comienzo de su vocación religiosa. No entendían su sobrenatural ciencia, no le entendían el habla tan clara sobrecargada empero de mensajes divinos; envidiaban su hermosura, talento y saber. Decían que *estaba endemoniada*, y hacían escarnio de su humildad y paciencia. Mas no fue ésta su única lucha, sino que sostuvo una más tremenda: la lucha con el *sér*, con su juventud, y reclamos del *sér* en medio de los atractivos del mundo y las naturales urgencias de la vida. Se dio entonces a invenciones de mortificación y se torturó y padeció males sin fin.

“Todas las cosas —dice— están como anhelando ejecutar puntualmente la voluntad de su Creador. Hiere la piedra y da fuego; manda al mar que se dividan sus pesadas aguas y al viento que no sople y lo ejecutan; mas la piedra, el monte, el mar, el viento del corazón del hombre, ni tocado, ni herido, ni mandado se rinde ni sujeta.” “¡Oh, Señor! ¿Quién podría gobernar este

entendimiento ciego, esta voluntad antojadiza e inconstante, tan expuesta a abrazar el mayor mal, como a hastiarse del bien; esta memoria como una vía sin cercar donde crecen y suben las ortigas y zarzas; esta fantasía como el polvo de las calles que a todos vientos con ligereza se mueve y el pie de cualquier pasajero lo hace volar; estos sentidos, cuyas puertas es necesario estar continuamente cerrando con trabajo y dolor, porque no éntre por ellas la muerte del alma? ¿Quién se librará del pie de la soberbia cuando lo pone sobre los más guardado?" Refiriéndose a la prosa de la madre Castillo dijo Menéndez y Pelayo que era digna de la pluma de Santa Teresa y que su poesía podía figurar con altura al lado de las más bellas páginas que escribieron los místicos españoles. Un biógrafo colombiano compara su poesía con la de Sor Inés, y dice que si no la iguala siempre, a veces la aventaja en pureza, en gracia y sutileza. Su poesía es tan fresca y donosa como el lozano discurrir de conceptos de su bellísima prosa. En algunos capítulos del libro de *Vida*, que contiene pasajes estremeceadores, y en el libro de los *Sentimientos espirituales* aparecen claramente definidos los nuevos caracteres inmanentes de su mística. Se repliega con gran vigor, se recoge, se retrotrae y cierra sobre sí todas sus energías, negándolas a toda sensación y entendimiento y contacto con la vida exterior. Es un vivir adentro de sí misma para mejor sentir dentro de sí lo inmanente de Dios. "Anima mía, si quieres ser como el Justo, discurre por todas las cosas que no son de Dios como la centella por el cañaverál, deshaciéndolas, para que así pueda edificar para ti soledades..." "Entonces te asentarás entre los príncipes, cuando edificares para ti tu sepulcro y él será glorioso." Magnífico pensamiento producto de una recogida meditación y absoluto desprendimiento. Los seres y las cosas que en su diario existir constriñen su entorno, la confunden y conturban; ensombrecen y alteran su vivir desolado, y la vía interior, que ella requiere más y más desolada cada día, sin residuo sosegado, ni oscuro, ni apagado ni estéril. Vemos en la serenidad de los conceptos, en la nitidez, pureza y altura de sus pensamientos y sentimientos que Sor Francisca ha bajado ya a su abismo, a su sepulcro, que es el ánima, según dice, tocada ya, alcanzada en lo hondo, en su gran soledad, en esa apetecida y patente soledad de los místicos, abrasada en su fuego, trslumbrada a la vista de Dios en lo profundo. Ya no ama sino Aquel amor, ni padece más vida que la transfija en la cruz: "Mi Amado para mí, yo para El, mi secreto para mí en la soledad y

en lo escondido de mi corazón: mi Amado a mí en los agujeros de la piedra, en las cavernas del cercado." Entremos ya en su poesía, verbo milagroso y eterno por el camino de sus *Afectos*:

DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR EN EL CORAZON DE LA CRIATURA  
Y EN LAS AGONIAS DEL HUERTO

El habla delicada  
del amante que estimo,  
miel y leche destila  
entre rosas y lirios.

Su melíflua palabra  
corta como rocío,  
y con ella florece  
el corazón marchito.

Tan suave se introduce  
su delicado silbo  
que duda el corazón  
si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade,  
que cual fuego encendido  
derrite como cera  
los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro  
es su aliento divino,  
que resucita muertos  
y despierta dormidos.

Mas, ¡ay, Dios!, que mi amado  
al huerto ha descendido,  
y como árbol de mirra  
suda el licor más primo.

De su cabeza el pelo,  
aunque ella es oro fino,  
difusamente baja  
de penas a un abismo.

El rigor de la noche  
le da color sombrío,  
y gotas de su hielo  
le llenan de rocío.

Huyo, aquilo; vén austro,  
sópla en el huerto mío,  
las eras de las flores  
den su olor escogido.

Sópla más favorable,  
amado ventecillo,  
den su olor las aromas,  
las rosas y los lirios.

Mas, ¡ay!, que si sus luces  
de fuego y llamas hizo,  
hará dejar su aliento  
el corazón herido.

Gime su lengua purísima y pide lágrimas que midan su aflicción y la acompañen a llorar viendo morir a Cristo, que no hay tan dolor, que es el morir hendido verle morir, la agonía mayor.

#### ENDECHAS A LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR

Ninfas habitadoras  
de estos campos silvestres,  
unas en claras ondas  
y otras en campos verdes.

Pastores que vagando  
estos campos alegres  
guardáis con el ganado  
rústicas sencilleces.

De mi bello Narciso,  
gloria de vuestro albergue,  
las dos divinas lumbres  
cerró temprana muerte.

Sentid, sentid mis ansias,  
llorad, llorad su muerte.

Muerte le dio su amor  
que de ninguna suerte  
pudiera sino sólo  
su propio amor vencerle.

De mirar su retrato  
enamorado muere,  
que aun copiada su imagen  
hace efecto tan fuerte.

Sentid, sentid mis ansias,  
llorad, llorad su muerte.

Ver su malogro, todo  
el universo siente,  
las penas se quebrantan,



los montes se enternecen,  
enlútase la luna,  
los polos se estremecen,  
el sol su luz esconde,  
el cielo se oscurece.

Sentid, sentid mis ansias,  
llorad, llorad su muerte.

El aire se encapota,  
la tierra se conmueve,  
el fuego se alborota,  
el agua se revuelve.  
Abren opacas bocas  
los sepulcros patentes,  
para dar a entender  
que hasta los muertos sienten.

Sentid, sentid mis ansias,  
llorad, llorad su muerte.

Divídese del templo  
el velo reverente,  
dando a entender que ya  
se rompieron sus leyes.  
El universo todo  
de su verdad doliente  
capuz funesto arrastra,  
negras bayetas tiende.

Sentid, sentid mis ansias,  
llorad, llorad su muerte.

¡Oh!, los que váis pasando  
atendedme,  
y mirad si hay dolor  
que a mi dolor semeje.

Ante la presencia, real presencia inmaterial de Sor Francisca de la Concepción, y “ante lo más guardado” que es su alma, dentro de su morada, traspasados con fuego de su lengua, con herida dulcísima, digamos las palabras de fray Juan de los Angeles: “Aquí mana una fuente de agua viva, que da saltos por la vida eterna.”

La Plata, marzo de 1946.